**INFORME DE JOSÉ MANUEL HERRERA
DE SU ARRIBO Y DIFICULTADES EN LA MISIÓN**

NUEVA ORLEÁNS, NOVIEMBRE 26 DE 1815⁹⁶

A su alteza serenísima, el Supremo Gobierno Mexicano.

Serenísimo señor:

Al fondear en la bahía, todo era para mí satisfacción y contento. Mi fantasía no se ocupaba en otra cosa que en reparar las ideas que acerca de los habitantes de Orleáns habían procurado grabarnos cuantos habían ido de aquí a las provincias mexicanas. Esto es, que sus arcas estaban desde luego abiertas para derramarlas en nuestro favor, luego que apareciese alguna persona legítimamente autorizada. Tanto más me lisonjeaba, cuanto que don Elías Bean, a quien desde *El Torno del Inglés*, distante seis leguas de la villa, había yo mandado el día anterior a Orleáns para que hiciese algunas prevenciones de posada y demás, acababa de llegar en aquella sazón, haciéndonos entender que en la casa del sujeto a que vino dirigido había encontrado una considerable reunión de republicanos que manifestando mucho gozo por nuestra llegada, protestaban que iban a proporcionar a México auxilios muy extraordinarios; de suerte que llegué a creer que me vería embarazado por lo pronto con su enormidad. Pero dentro de un instante me desengañé de que nada había pasado de lo que contó Bean, y las cosas tomaron un semblante tan desagradable que, a no estar yo tan apercebido contra toda clase de adversidades, hubiera sucumbido sin duda al peso de este nuevo e inopinado infortunio.

⁹⁶ AGN, *Notas Diplomáticas*, t. I, ff. 81-91. Lemoine, Morelos, 1965, doc. 223, pp. 624-632.

¿Cuál sería mi sorpresa, cuando el caballero West, dueño de la goleta *Presidente* y parcionista agente de los interesados en el cargamento que llevó a esas costas el general Toledo, se nos apareció con la extraña pretensión de informarse del caudal que llevábamos a bordo, so pretexto de que era preciso dar cuenta a la aduana o banco de la cantidad que conducíamos? Yo percibí, desde luego, el espíritu de esta solicitud, como que no podía representarse tal necesidad, cuando estaba informado de que bastaba decir que iban caudales, sin asignar el número, y cuando veía que West ni era guarda ni tenía la más ligera relación con la administración del erario público de este ramo. Por fin, mis reflexiones y decorosa resistencia hicieron retirar a West; pero dentro de poco volvió a bordo para insistir no sólo en investigar los fondos que nos acompañaban, sino en llevarlos consigo, exponiendo que era indispensable depositarlos en el banco porque esta era la ley establecida. A esto siguió una conferencia entre West y el general Toledo, de la que no pude atisbar más sino la incomodidad y perturbación de Toledo, y que enseguida trasbordaban de la goleta al bote nuestro dinero.

Conducta tan escandalosa, me hizo entender que no se trataba de otra cosa que de asegurar el importe del cargamento antes mencionado; aunque me era tanto más extraña cuanto que el general Toledo me había asegurado en el campamento de Domingos que los dueños de aquella expedición no aspiraban a más sino a que se les otorgase por persona legítimamente autorizada, una obligación de pagar dentro de un plazo regular la mayor parte del importe, con tal que a la vuelta del buque que condujo los fusiles se les enterase alguna cosa.

Por este título y por otros muchos, podía yo haber reclamado vigorosamente aquellos procedimientos; sin embargo, por no empeñar un lance desagradable y trascendental a la causa, tanto más cuanto que apenas ponía el pie en Orleáns, callé por entonces, con la

resolución de ilustrarme mejor así que saltara en tierra, y de ver si de otro modo menos ruidoso podía reparar novedad tan displicente; aunque con el propósito de manifestar en todas veces el mayor desprendimiento e indiferencia, con la idea de grabar en los contratistas buenas impresiones de mi carácter y de hacerles entender, por este medio, que era un verdadero enviado de la Republica Mexicana. Entre tanto, el general Toledo estaba lleno de angustia y de vergüenza, de modo que, enterado yo de lo que sucedía, no quise inculcárselo por no aumentar su aflicción.

A pesar de que tenía dispuesto desembarcar cuando entrase la noche, como don Eduardo Levingston me hubiese mandado convidar para que le acompañase a tomar la sopa en su casa, tuve que salir a tierra en la propia mañana en unión del general Toledo y del secretario [Cornelio Ortiz de Zárate] para cumplir con la invitación de Levingston. De este caballero recibimos los mayores agasajos, hasta llegarme a brindar con su casa para que me hospedase.

Por diligencias que se hicieron, no se pudo encontrar una en que nos alojásemos, por lo que fue preciso tomar posada pública, pero decente, que ocupándola nosotros solos equivale a habitación particular; habiendo destinado también a los oficiales del ejército a otra de igual naturaleza.

En la noche, que consideré a Toledo menos agitado, le manifesté lo sensible que me había sido el golpe que sobre mí había descargado West, y que a haber sabido en domingos que el importe del cargamento se había de satisfacer luego que yo llegase a Orleáns, no me hubiera determinado a venir, porque entonces era lo mismo que determinarse a perecer; concluyendo con que me desmenuzase perfectamente lo ocurrido y las causas a que aquello había dado margen, a fin de saber si por fin nuestra suerte era la de quedar expuestos a la mendicidad, como que no contábamos con otro haber que con el que se

nos acababa de arrancar de las manos. Toledo, después de manifestar vivamente cuánta había sido la amargura que le había causado aquella conducta, me protestó que iría al día siguiente a reclamar a los interesados con resolución, y energía, los procedimientos de West, recordándoles lo que habían indicado al tiempo de salir el cargamento, a saber: que quedaban contento con que de su importe se les satisficiera al retorno de la goleta una corta parte, y que para el resto se les fijase plazo, con tal que fuese por una persona suficientemente facultada; y me aseguró que mediante esta reclamación, se me devolvería hasta el último medio. No obstante las aseveraciones del general, aquella noche fue para mí acaso la más amarga que he pasado en mi vida, entregado toda ella a las meditaciones más melancólicas.

Al día siguiente se mejoró nuestra suerte. Toledo llegó en la mañana con la nueva plausible de que había recabado de los interesados que nada exigiesen de mí por entonces y que, de consiguiente, estaba a mi disposición el dinero; en virtud de lo cual, emprendí ya que nos proveyésemos de lo necesario todos los de la comitiva.

Con todo, los contratistas no dejaban de dar sus pinceladas para que se les cubriesen, por lo menos, los gastos efectivos que decían haber impendido [*sic*] en formar la expedición. Yo, ínterin, nada resolvía sobre esta nueva pretensión; pero sí manifestaba siempre que si querían tomar todo el dinero depositado, no insistiría en reclamarlo, sin embargo de que era lo único con que contaba; recalitrando la especie de que sólo había traído aquella cantidad, por la precipitación con que había emprendido mi marcha, que aun tenía determinado diferir hasta que pasase el mal tiempo, motivo por el cual había suspendido vuestra alteza el hacerme mayores remesas. No dejaba también de tocar la tecla de que no entraría en los pormenores de disputar sobre el precio de los artículos que se habían remitido; esto con la idea, como tengo indicado a vuestra alteza, de que mi desprendimiento y mi

franqueza les inspirase confianza; siendo esto, a mi juicio, lo que principalmente contribuyó a disipar las sospechas que se les paseaban de que mi misión fuese suplantada. A lo que dio margen, seguramente, la conducta que han observado los mexicanos que han venido a esta villa antes que yo. Pero no fui tan severo en el plan de indiferencia que me había propuesto, que no indicase a los interesados, más de una vez, que era muy exorbitante el precio a que nos cargaron los fusiles, asegurándoles que el costo de los que se fabricaban en nuestros talleres nunca pasaba de dieciocho pesos, y que de las mismas plazas enemigas se conseguían a veinte.

Pasado el torbellino, y luego que estas gentes comenzaron a persuadirse de que era un verdadero *plenipotenciario*, comenzaron también a presentarme distintos proyectos en que, como a mi juicio sus autores no se proponían tanto proteger a nuestra independencia cuanto sacar ventajas para sí, procure con sagacidad y prudencia desembarazarme de sus inadmisibles propuestas.

Entre las varias que se me hicieron, una fue la de que se remitiría a México una gruesa cantidad de armamento, vestuario y otros artículos de guerra; mas como era con la condición de que todo el importe se tenía que pagar *incontinenti*, lo que seguramente era comprometer a vuestra alteza poniéndolo en el mayor estrecho, rehusé admitirla. Tenía además la nulidad de que los precios eran demasíadamente subidos, creyendo acaso los proponentes que yo me conduciría en este nuevo negocio con la contemplación y franqueza que me conduje en el de West, impelido de un modo irresistible por el imperio de las circunstancias.

Aunque el provecho que saqué en Orleáns a favor de la nación, no corresponderá jamás al que nos habían figurado, pues no aguardo que aquí me presten ni dinero ni cosa equivalente, a no ser alguna muy moderada y a corto plazo, esforzaré mis arbitrios a fin de conseguir todo

el que puedan proporcionamos estos habitantes. En efecto, después de muchos proyectos y de muchas conferencias, creo que he venido a dar con los sujetos más capaces de servimos y cuyas relaciones nos harán honor en todo tiempo, porque son hombres de opinión, de influjo aun en el gobierno de estos estados, de créditos en el comercio de esta ciudad y dueños de gruesos capitales.

Al presente me ocupo en tratar de combinar con esta clase de individuos, un plan reducido a crear una compañía, cuyos principales objetos serán el de abrir y entablar con vuestra alteza, antes de partir yo a Washington, nuestra correspondencia; facilitar después esta misma; remitir a vuestra alteza los artículos que expresamente me ha encargado y los demás que sean necesarios; seguir después en comunicación con vuestra alteza, dándole cuantos avisos estime conducentes al bien de nuestra causa; y, por último, recibir y hacerse cargo de las consignaciones que le haga vuestra alteza en la forma y con las responsabilidades que se detallaran separadamente.

Yo apreciaré sobremanera que este proyecto tome toda la firmeza posible y que agrade a vuestra alteza, porque a más de producir utilidades grandes a la patria, me redimirá del manejo de intereses, cuya operación me quitaría seguramente el tiempo que debo emplear en otros asuntos de mayor importancia.

Según lo adelantado que tengo la negociación de que he hablado, dentro de pocos días saldrá un buque con los auxilios que espero recabar de la compañía patriótica, a la que vendrá consignado tal vez lo que vuestra alteza tenga a bien remitir. Pero para no diferir un momento el dar a vuestra alteza parte de mis operaciones, he gestionado a fin de que el comodoro de este puerto, a cuyo cargo está la armada, me proporcionase, como lo ha hecho, el barco de guerra *Faiard Brantd*, perteneciente a este gobierno, que saliendo con el objeto público de hacer el crucero, se acerque a esas costas, con el de conducir mi

correspondencia, la de vuestra alteza y los caudales que puedan remitírseme; por lo que, lo más que dicho buque podrá aguardar en esas inmediaciones, serán treinta días. Como este distinguido favor que me ha dispensado el comodoro se ha ocultado de todo el mundo, por las funestas resultas que podría tener con su gobierno, está por demás encargar a vuestra alteza la reserva que debe observarse sobre los términos en que va el *Faiard Brantd*.

Los crecidos e indispensables gastos que desde Puruarán tuve que hacer en mi dilatada caminata por tierra y permanencia en la costa; lo que se empleó en provisiones para nuestra embarcación; lo empleado en vestir y equipar a los oficiales del ejército; lo distribuido para proveerme yo y demás empleados de la legación de las cosas más indispensables y sin que no podríamos existir aquí decorosamente; el pagamento de ambas posadas; lo expendido en uno u otro ratero obsequio que ha sido preciso hacer; y, por último, trece mil pesos que me vi forzado a dar por cuenta de los fusiles y demás artículos que quedaron ahí; todo esto ha menoscabado tanto el capital, que apenas me encuentro a la fecha, pendientes todavía algunos adeudos, con la miserable cantidad, no completa, de cuatro mil pesos; de manera que me ha sido imposible socorrer al general Toledo, conforme a las intenciones de su majestad el Supremo Congreso y a las necesidades que lo afligen.

Esta escasez, sin embargo, en nada ha perjudicado nuestra opinión, porque todos están entendidos, por virtud de mis insinuaciones, que mi viaje fue absolutamente inopinado, trayendo solamente, por lo mismo, lo poco que había a mano; sin haberme propuesto otras miras al tiempo de partir, que situarme en Orleáns, para dar después principio a mis operaciones. Por esta exposición, bien conocerá vuestra alteza que ni se llenarán sus objetos, ni se satisfará la expectación de los individuos con quienes debemos conservar nuestra reputación, si no se esfuerza vuestra alteza, a remitirme, por lo menos, cien

mil pesos, aunque sea a costa de los mayores sacrificios.

Ya he indicado otra vez a vuestra alteza que sería muy conveniente remitir efectos preciosos de nuestro país, con la idea, como dije antes, de engrosar los caudales; y ahora lo recuerdo, para significar a vuestra alteza que esta clase de remisiones lisonjearía demasiado a los habitantes de estas regiones, y la compañía entablada concebiría grandes esperanzas siendo, como lo creo, su objeto principal el de establecer un vasto comercio, que no dejará de producirnos a nosotros también algunas ventajas.

Aun en medio de la indecisión en que todos estaban sobre la legitimidad de mi comisión y su objeto, no dejaban estos ciudadanos de mostrarme aprecio y cariño, haciéndome algunos convites que he procurado corresponder posteriormente; y cuando ya se han asegurado de que estoy sólidamente autorizado, han sido más frecuentes y mayores las muestras de amistad que he recibido de los principales empleados de esta villa; de forma que, habiéndolos visitado a todos, sólo el gobernador ha dejado de corresponderme. Pero, a pesar de ello, sé que tiene instrucciones reservadas de su gobierno para tratar a cualquiera que viniese facultado por la nación Mexicana, con toda la consideración y aparato que ésta merece; y, por lo mismo, me manifestó en la visita que le hice deseos de ver mis credenciales, y ha dicho después, a persona que pudiera comunicármelo, que sólo aguardaba a confirmar mediante el registro de mis credenciales el carácter con que venía, para poner en ejecución las órdenes que la corte le tenía comunicadas. Yo, sin embargo, jamás demostraré de propósito al gobernador mis diplomas, porque no me parece decoroso hacerlo; pero sí, no dejare pasar la coyuntura favorable que se me presente para manifestárselos.

Por el periódico que acompaño con el título de *L' Ami des Lois*, verá vuestra alteza en qué términos tan favorables se hizo el anuncio de mi arribo, cuya lectura me sorprendió ciertamente, pues vacilaba sobre si sería o no

conveniente que se anunciase mi llegada con la claridad que se expresa en el citado periódico.

Si en estos estados, como en todas las naciones de Europa, no se han formado de la revolución de México el alto concepto que pudieran, es sólo porque no tenemos un puerto. De ahí conocerá vuestra alteza cuanto es lo que se debe trabajar para asegurar el de Nautla por lo menos, para cuya toma tengo el desconsuelo de no poder proporcionar, en lo pronto, auxilios marítimos, porque los buques angloamericanos nada pueden hacer sin que preceda la alianza con su gobierno; al paso que lo desea tanto, que el comodoro me ha significado hace dos noches que, cuando me halle en Washington interponga mis influjos en la corte para que lo manden con su escuadra al bloqueo de Veracruz.

Para el de Nautla sólo pudiera echarse mano de los corsarios que han aportado por nuestras costas; pero éstos, además de que no son muy puros en su manejo y de que su auxilio sería muy mezquino, están impedidos al presente por las actuaciones que se le han formado, según he indicado a vuestra alteza por oficio separado. Cuando se hallen expeditos, para lo único que podrán servir será para hacer el corso, pero sujetos inseparablemente al sistema justo que debe regir en la materia.

Cada instante que paso en esta villa se me hace un siglo, pues de día en día me aseguro más de que en Washington tendré la mejor acogida y de que nuestras relaciones se entablaran con gusto de la corte. Así pues, mis deseos no se ciñen a otra cosa, por ahora, que a continuar mi viaje, para lo cual sólo aguardo cerrar el negociado de la compañía, de quien espero que me facilite los auxilios necesarios para hacerlo con el decoro correspondiente, teniendo efecto del seis al ocho del próximo mes de diciembre, por tierra probablemente, por evitar el peligro de La Habana, pues que yendo por mar es preciso pasar a su vista.

He omitido dirigir a los gabinetes extranjeros las

cartas de vuestra alteza acompañadas de nuestra *Constitución y Manifiesto*, porque se me ha asegurado ser esto una práctica enteramente desconocida; dejando, por lo mismo, de hacer uso de las firmas en blanco que vuestra alteza tuvo la dignación de fiarme. Bien que esto no servirá de rémora para que estos dos importantes impresos dejen de correr por la Europa, estando, como están ya, traducidos a los dos idiomas generales francés e inglés, e insertándose dentro de breve en los periódicos el *Manifiesto a las Naciones*, lo mismo que se ha hecho con la *Constitución*.

Uno u otro de los impresos nuestros que ha llegado a estos países, ha causado la sensación más satisfactoria, especialmente nuestro Código Constitucional, que ha sido visto con el mayor aprecio por los sujetos que son capaces de dar voto en la materia; de lo cual es un testimonio la inserción que de él se ha hecho en los periódicos, en los cuales ninguna noticia se había comunicado circunstanciadamente hasta que el mariscal Anaya remitió esa venerable carta de nuestra libertad.

El no poseer los idiomas es una nulidad casi insanable para entrar en negociados con las naciones extranjeras, como que lo más reservado de los gabinetes tiene que pasar por conductos alguna vez no bien conocidos, quedando uno expuesto además a que las ideas lleguen desfiguradas al sujeto a quien se le dirigen. Yo he tenido mucho que padecer en esta parte; y así, el aprenderlos lo he visto como una de mis primeras y más preferentes ocupaciones, teniendo por lo mismo la satisfacción de haber adelantado tanto en el francés, que por escrito apenas habrá cosa que pueda escaparse ya a mi conocimiento. Y dentro de un mes, seguramente, no tendré tampoco que pasar por la fatiga del intérprete en los negocios que trate en este idioma, que es verdaderamente el de la política y el de las cortes.

No faltan en esta plaza enemigos de nuestra causa que hacen circular sordamente noticias poco favorables a

México; pero siendo muy superior el número de los amigos con que contamos, nada tenemos que temer, especialmente si los de mi comitiva observan en lo de adelante la conducta moderada que hasta el día han observado, sin mezclarse en concurrencias públicas indecentes que pudieran comprometernos. La cual ha conciliado respeto al nombre mexicano, ha abatido a nuestros antagonistas y ha hecho arrancarles la especie de que vuestra alteza había tomado empeño en mandar a Orleáns la flor de los revolucionarios.

Dios guarde a vuestra alteza serenísima muchos años.

Nueva Orleáns, noviembre 26 de 1815.

Serenísimo señor *Joseph Manuel de Herrera* [rubrica]

P.D. Acabo de conseguir la colección del periódico intitulado *L' Ami des Lois*, que acompaño, al que me he suscrito por dos ejemplares con el objeto de mandarlo a vuestra alteza para que se instruya de las noticias que puedan convenirle.

Herrera [rubrica]